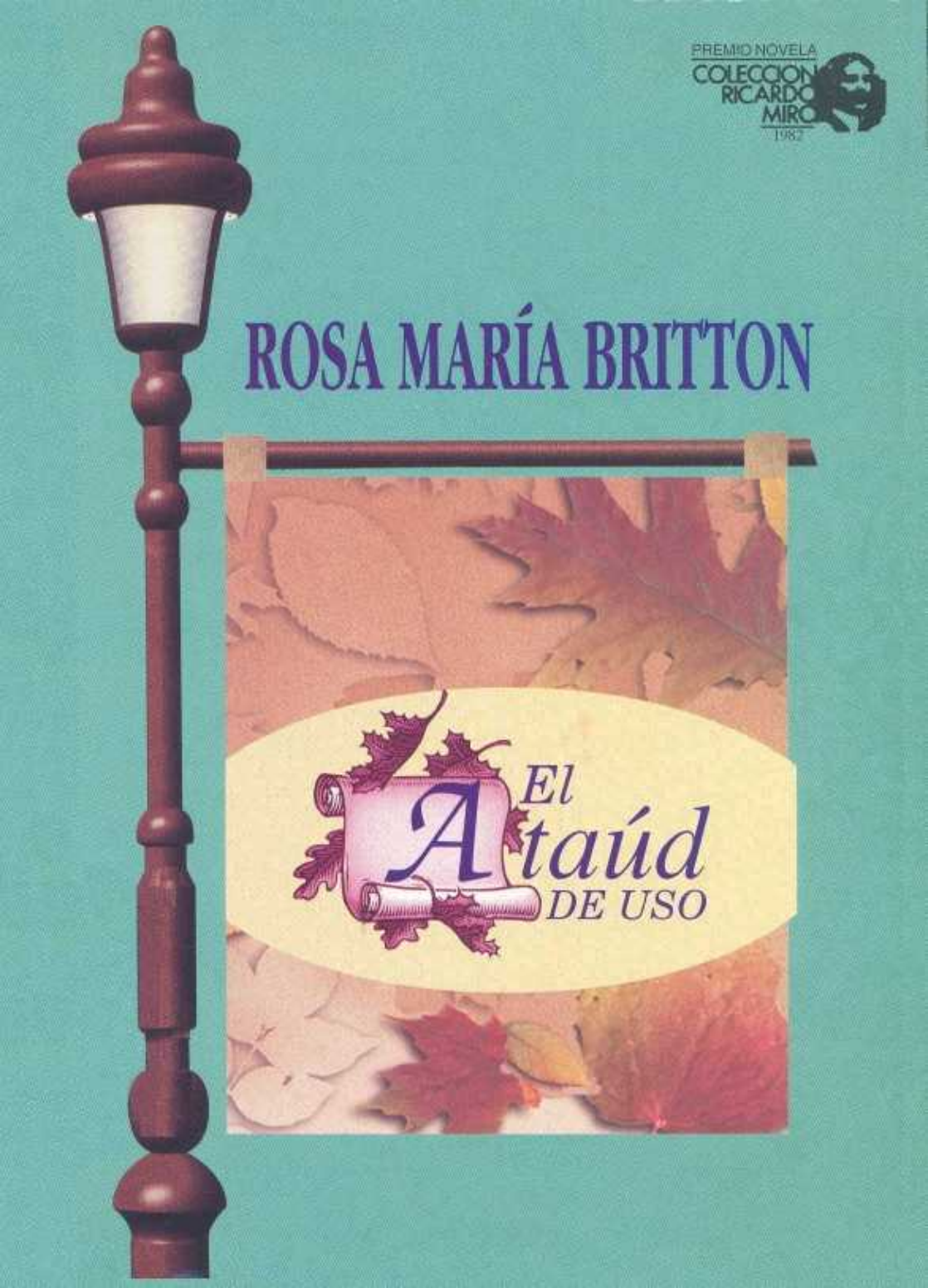
PREMIO NOVELA
COLECCION
RICARDO
MIRO
1982
ROSA MARÍA BRITTON
El
Ataúd
DE USO

Rosa María Britton, nació en Panamá, cursó sus primeros estudios en Panamá, los secundarios en la Habana Cuba y se doctoró en Medicina en la Universidad de Madrid. Continuó sus estudios en Ginecología y Oncología en los Estados Unidos. Ejerce su profesión como destacada especialista en Panamá, ocupando por 15 años la dirección del Instituto Oncológico Nacional y actualmente la Presidencia de la Federación Latinoamericana de Asociación de Oncología.

Junto a numerosas publicaciones de carácter profesional –de las que sobresale el ensayo divulgativo "La Costilla de Adán", San José Costa Rica, 1985–. Ha

"A mi madre Doña Carmen sin cuya memoria, todo ésto hubiera sido imposible".

ROSA MARIA BRITTON

EL ATAUD DE USO

© ROSA MARIA BRITTON
Segunda Edición
Distribuidora Lewis, S.A.
Cubierta: Editora Sibauste, S.A.
Impresa por: Editora Sibauste, S.A.
Panamá, septiembre de 1998.

Reservados todos los derechos
hecho el depósito de Ley
prohibida la reproducción total
o parcial.

El hombre si muere,
queda postrado; si expira,
a dónde va a parar?

JOB: 14 : 10

¡Oh muerte! Cuán amarga
es tu memoria para un hombre que
vive en paz, en medio de sus riquezas.

ECLESIASTES 41: 1

Cuando yo me muera,
enterradme si queréis,
en una veleta.
¡Cuando yo me muera!

F. GARCIA LORCA

Nunca se supo exactamente cómo empezó el asunto del ataúd. Muchos años después de la muerte de don Manuel, todavía se hablaba en Chumico de todos aquellos acontecimientos, claro está, con más exageraciones de la cuenta. Como ya se sabe, "Pueblo chiquito, infierno grande. . ." y si algún pueblo merece esta descripción es Chumico. El chisme allí es "modus vivendi" para la mitad de sus ciudadanos. Los otros, pacientemente escuchan y callan. ¡Gracias a Dios! Si no fuera así, ya los gallotes se habrían llevado al pueblo entero creyéndolo carroña.

Volviendo a lo del ataúd, que en realidad es el asunto que nos atañe. Mucho se dijo y mucho se exageró. Unos, contaban después que el ataúd era de ébano traído de Africa y tenía las agarraderas de oro puro. Otros aseguraron que estaba forrado de sándalo para que el muerto no apestara y hasta hubo quien juró que debajo del terciopelo del tapiz, don Manuel había colocado abultados fajos de billetes de a diez y veinte dólares para llevarse

su plata en el último viaje. Esta última versión de los hechos era narrada por doña Higinia Gómez, matrona de Chumico, asidua lectora de los folletines "Romance a la Antigua" que encargaba a Panamá mensualmente. Las malas lenguas adujeron después que doña Higinia había inventado esa historia del dinero en el ataúd después de leer una novela acerca de una princesa egipcia, calumnia que la buena señora rechazó indignada.

En realidad, el ataúd fue construido de madera de cedro que el mismo don Manuel cortó en su propiedad y pulió con infinito esmero. Las asas eran de plata pura mandadas a hacer en el Perú por el cura Juan, y por dentro tuvo toda clase de forros en su larga historia. Para entender lo que realmente pasó, es necesario no hacer caso de habladurías de comadres que jamás llegaron a entender las acciones del hombre más famoso que hubiera salido de Chumico.

I

—Francisco. . .Francisco. . .Ven a comer—. La mujer gritaba desde la entrada de la casita, protegiéndose los ojos del resplandor del sol con una mano, mientras se esforzaba por distinguir la figura del hombre, en la playa que comenzaba a unos metros cuesta abajo. En el horizonte, el sol ya iba desplomándose en el confín del mar, llenando las aguas con un rubor de sangre. Con gestos de cansancio, el hombre comenzó a recoger las herramientas regadas alrededor del esqueleto de un barco a medio hacer, montado sobre caballetes colocados debajo de un almendro.

—¡Francisco! La voz insistente rompía el silencio.

—Ya voy mujer no grites tanto— masculló el hombre.

Echándose al hombro la caja de herramientas subió la empinada cuesta arrastrando los pies. En un rincón de la humilde habitación la mujer abanicaba un fogón de leña llenando de humo

toda la casa.

-Juana, ¿dónde están los muchachos? —preguntó entre dientes.

Sin voltear la cabeza la mujer contestó:

—Nicolás está bañándose en el chorro antes de que anochezca y Manuel no ha regresado aún. Se fue bien temprano con los Vásquez a buscar perlas en las islas.

De repente Francisco comenzó a toser fuertemente, casi ahogándose mientras la mujer lo miraba con ojos de alarma.

—Esa tos suya no me gusta; ya lleva meses enfermo a pesar de todos los remedios que ha tomado. Debiera ir a la capital a ver al doctor— .

—No es nada —susurró Francisco, casi sin aliento, cubriéndose la boca con un trapo que sacó del bolsillo.

—Es este clima tan húmedo. En San Miguel nunca me enfermaba—.

—Bueno, haga lo que le dé la gana pero cada día lo veo peor. Yo creo que tiene la tisis. Ya me di cuenta que está tosiendo sangre—

Encasquetándose el sombrero de paja, Francisco salió sin contestar y se alejó de la casa por el sendero rumbo al pueblo. Juana lo dejó partir sin decirle nada. Acercándose al fogón, quitó la olla del fuego y la colocó a un lado en el piso de tierra. Salió al patio y se sentó en un taburete desvencijado con la mirada perdida en el horizonte. Por el lado de la playa venía corriendo un muchacho con dos remos al hombro. Al llegar junto a la mujer jadeando le gritó con alegría.

—Mamá, mire lo que le traigo—. Orgulloso le mostraba un puñado de perlas envueltas en un trapo.

—Cuando vaya a Panamá, le voy a mandar a hacer un collar bien bonito—.

Un rictus de tristeza marcó el rostro surcado de arrugas de la mujer prematuramente envejecida. Con un gesto de abandono apartó una greña de pelo gris que le caía lacio sobre la mejilla.

—Mejor guarde sus perlas hijo para cuando le hagan falta. A mí esas cosas no me gustan. Vaya ahora a bañarse antes de que oscurezca y de vuelta pase por casa de Juancho a ver si tiene carne de monte. Felicia me dijo que él había salido de cacería ayer.

Juana entró en la casa y fue a sentarse al lado del fogón en una banqueta. Del bolsillo sacó un rosario y se puso a repasar las cuentas, recitando a media voz letanías interminables. El muchacho se encogió de hombros y entró en el cuarto adyacente. Empinándose agarró un canuto de bambú que tenía escondido encima del horcón. Allí era donde guardaba su tesoro de perlas. Lo cerró cuidadosamente y lo volvió a colocar en su escondrijo. Salió de la casa y silbando alegremente se dirigió cuesta arriba por el sendero que conducía al pueblo. Por el camino venía cabizbajo Francisco y al ver al muchacho se detuvo bruscamente.

—Hijo, buceó algo bueno hoy— preguntó.

—Sí papá. Viera Usted qué perlas más bonitas sacamos. No son grandes pero sí de las redonditas. Ya casi llené el canuto—.

—Bien, bien. Mañana me las enseña.

Sin más, Francisco siguió caminando hasta llegar a la playa. Iba descalzo pero casi no notaba las puyadas de las espinas en los matojos. La arena aún mostraba las huellas misteriosas de las patas de cangrejos. Al llegar a la orilla se sentó en una de las rocas negras que aquí y allá sobresalían de la arena. La marea iba retrocediendo apresurada y alguna que otra gaviota todavía buscaba afanosa el pescado desde el cielo, aprovechando los últimos destellos de luz. A esa hora ya comenzaba a sentirse el fuerte olor, mezcla de salitre y marisco podrido, característico de

la lama de las playas del Pacífico. El hombre suspiró hondamente. Se sentía muy mal y a pesar de sus negativas sabía bien que estaba enfermo. Le dolía el pecho de tanto toser. A veces sentía como si una mano gigante lo estuviera estrujando y cada día el trabajo se le hacía más difícil.

"Tendré que irme a la capital", pensó—. La vieja tiene razón. No puedo seguir así. Mañana temprano le aviso a Pastor que saldré con ellos en este viaje de "La Princesa".

Tristemente dibujaba con la mano en la arena cosas y nombres casi olvidados. Regresó tarde, cuando la oscuridad envolvía la casa. Juana, todavía rezando, había prendido una lámpara de querosín que alumbraba la habitación débilmente.

—Coma algo Francisco, todavía el arroz está caliente— le dijo al verlo entrar.

—Está bien, está bien. No moleste más. Mañana salgo para Panamá —musitó —Arrégleme la ropa temprano—.

Tres días más tarde se embarcaba. Tuvo suerte, porque a veces transcurrían meses sin que pasara una nave por esas aguas. En el día de las despedidas, Manuel le entregó el canuto lleno de perlas.

—Aquí tiene papá. Quiero que le mande a hacer un collar bien bonito a mi madre. Ella dice que no le gustan esas cosas, pero usted sabe cómo son las mujeres. A veces dicen lo que no sienten.

Juana oyó la conversación del muchacho con el padre. Discretamente, esperó la oportunidad de hablar a solas con Francisco.

—Use las perlas para pagarle a los doctores. Los buenos cobran bastante y las medicinas cuestan mucho. Yo no necesito adornos—

Francisco no dijo nada. Se echó al hombro el saco de yute con sus pertenencias y con los pantalones arremangados bajó a la

playa en donde lo esperaba una panga para llevarlo a bordo del barco que se mecía en aguas tranquilas en medio de la bahía.

Francisco regresó a Chumico tres meses más tarde pálido y delgado. El viaje de vuelta había sido largo y difícil; las velas, empujadas por vientos contrarios, casi hicieron zozobrar la nave. Juana lo vio venir desde la playa cuando desembarcó y salió a su encuentro en un revuelo de polleras recogidas. Al llegar cerca de él y notar su cara desencajada, paró bruscamente.

—¿Cómo le fue? ¿Vio al médico? ¿Qué le dijeron en el hospital? ¡Dios mío pero qué delgado está! — dijo entrecortadamente. Sin tocarla, ni siquiera extendiendo la mano para saludar, el hombre la interrumpió de malhumor.

—Cállese la boca mujer. Usted habla demasiado—.

Siguió rumbo a la casa dejándola sola en medio del camino sin volver la mirada. Con un gesto de resignación Juana siguió caminando detrás, arrastrando los pies, como quien lleva un peso inmenso. Jamás volvieron a discutir el asunto de la salud de Francisco. Tampoco los hijos se atrevieron a preguntarle nada pero se dieron cuenta de lo desmejorado que se veía su padre. Manuel se le acercó unos días después.

—Papá, ¿qué hizo con las perlas? ¿Mandó a hacer el collar?.

—Tuve que venderlas hijo —contestó hosco y malhumorado— los doctores son muy caros.

—No se preocupe usted. Ya bucearé más— dijo el muchacho resignado.

Francisco se hizo un cuarto para él solo con la puerta hacia afuera y una ventana con vista al mar. Allí colgó su hamaca y no dejaba entrar a nadie. Separó su plato de tagua y su cuchara y él mismo lavaba su ropa en el río. Solamente dejaba que Juana le cocinara los pocos alimentos que consumía. Siguió trabajando todos los días, construyendo un hermoso barco con el esmero y la

paciencia del artesano que sabe lo que hace. Pasaba los días retraído y solo; era la preparación silenciosa del hombre a su muerte sin querer compartir el camino con nadie, ni siquiera con Juana la compañera de toda su vida, como si al aislarse del resto de la familia la enfermedad que lo poseía se tornara muda y secreta y solamente él pudiera reconocerla. Ni el compadre Juancho lograba arrancarle más de tres frases cuando venía a visitarlo a diario trayéndole las últimas noticias del pueblo. Cuando él llegaba, se sentaba en el suelo fuera del cuarto de Francisco, fumando una pipa rellena de una brea que exhalaba un olor espantoso de "mona en celo" como decía Juana. Con voz rasposa el amigo le comentaba los acontecimientos locales y hasta rumores de guerra sin desanimarse por el silencio y la indiferencia de Francisco.

—"Compadre, usted se está muriendo, compadre. Déjese ayudar un poco. No es bueno irse así solo"— pensaba —"para eso somos amigos. . . —

Juana sentada en su taburete y los muchachos en el suelo, escuchaban la verborrea de Juancho que se divertía desnudando las intimidades del pueblo entre chupada y chupada de su pipa infernal. Los ávidos oídos de sus interlocutores recogían sus frases y comentarios interrumpiéndole de vez en cuando para hacerle preguntas y retorciéndose de risa.

Dentro de su cuarto, Francisco indiferente, contemplaba su muerte lenta sin prestar oídos a las divagaciones de los que afuera trataban de romper el cerco de su terca soledad. La vigilia de la muerte no duró mucho. Tres meses más tarde, la noche en que el negro Eustaquio se peleó con Pastor y le prendió fuegó al pueblo, Francisco comenzó a toser por última vez. La agonía fue corta; su deseo de ausentarse de este mundo sin testigos se cumplió. Murió solo, ahogado en el chorro de su propia sangre. El resto de la familia estaba ayudando con lo del fuego que consumía a medio pueblo. Cuando le llegó su hora, aún tuvo tiempo para asombrarse a pesar de que estaba preparado. Los segundos se convertían en horas, detenidos en su garganta que se negaba a abrirse para recibir el aire que tanto necesitaba. Juana y los muchachos regre-

saron en la madrugada y lo encontraron en su hamaca frío, con la mirada perdida en el techo, ojos de angustia de muerto sin paz ni consuelo. Todos se dieron cuenta enseguida a pesar de la poca luz que había en la habitación. La mujer comenzó a llorar con lágrimas de despedida sin ternura y los hijos, sobrecogidos ante la presencia de la muerte, no atinaban a consolar a la madre. Salieron al frescor del amanecer y comenzaron a construir un ataúd con tablas arrancadas del hermoso barco de Francisco ya casi terminado. Todo el pueblo vino al velorio. Los autores del gran fuego de la noche anterior, ya repuestos de su borrachera, llegaron a ofrecer sus respetos.

—Mi sentido pésame doña Juana. Ya descansó el pobre— una y otra vez le repetían al oído de la mujer que en silencio asentía tratando de secarse los ojos hinchados de tanto llanto.

Lo enterraron ya de tarde, cuando el sol deja de quemar la piel como hierro candente y la brisa del mar hace susurrar de placer a los árboles en la loma del cementerio. Esa noche no hubo rezos. Rosa la comadrona, tenía que atender un alumbramiento y ella era la única que se dedicaba a esos menesteres. Cuando Juana regresó del cementerio entró en el cuarto de Francisco y quitándose los zapatos se sentó en la hamaca. Del bolsillo sacó el rosario mientras musitaba el "ora pro nobis" rodando las cuentas entre los dedos temblorosos. Al día siguiente bien temprano llegó Juancho a visitar a la viuda.

—Tenga usted buenos días comadre — comenzó a decirle obsequioso—. Perdone mi atrevimiento. No quisiera tener que molestarla en un día como hoy, estando mi compadre como quien dice acabado de enterrar; pero él me hizo varios encargos antes de partir y quisiera cumplir lo antes posible.

Juana lo miró sin entender lo que le decía. Juancho volvió a insistir.

—Oigame comadre, Francisco no quería que se contagiaran. El doctor que vio en Panamá dijo que esa enfermedad que él tenía

se pega. Me dejó encargado de quemar toda su ropa y las cosas que tenía en este cuarto. Por favor salga usted de esa hamaca—.

Juana continuaba meciéndose sin hacerle caso, los labios rumiando sus eternas letanías. A pesar de ella, Juancho entró en el cuarto y comenzó a recoger del suelo la ropa, zapatos y el sombrero de paja, compañero inseparable de Francisco. En una esquina, debajo de unos sacos de yute, encontró un estuche negro, de esos en que los joyeros exhiben sus alhajas a la codicia femenina. Juancho lo abrió lleno de curiosidad y atónito contempló un hermoso collar de perlas, que descansaba en todo su esplendor sobre el terciopelo oscuro que resaltaba su oriente. En una esquina del estuche, reposaba una tarjeta de pergamino casi transparente. En ella se leía escrito, con la elegante caligrafía de un letrado, la leyenda: "A mi Madre en su día", firmado Manuel.

II

Chumico es uno de esos pueblos perdidos en el litoral del país, encajonado entre el mar y la montaña. Está situado en la desembocadura del río Tatumí en la costa Sudeste del país, ya casi llegando al Darién. Nadie sabe exactamente quiénes fueron sus primeros habitantes, pero se dice que hasta Vasco Núñez de Balboa pasó por sus playas en su búsqueda del Mar del Sur. ¡Vaya usted a saber si esto último es historia o puro cuento, como el resto de las cosas que allí se dicen!

—Somos descendientes directos de los españoles— afirmaba sentenciosamente doña Leonor, una de las matronas del pueblo.

—Aquí todos somos negros de pura raza, descendientes de cimarrones— decía don Manuel, con la consiguiente indignación de unos cuantos que culpaban al sol del color de su piel.

—Los habitantes de Chumico, de pelo lacio y piel oscura, parecían más bien una mezcla de las razas que habían poblado la región, aunque no faltaba el negro timbo ni las mulatas de piel amarillenta y pelo ensortijado. Eran mestizos en su mayoría con sangre española bastante diluida por cierto. Los indios chocoes habitaban las montañas más allá del pueblo y empeñados en conservar su nación intacta, poco se relacionaban con los habitantes. Todas estas descripciones vienen al caso solamente como explicación de la conducta un tanto atávica de los chumiqueños.

A fines del siglo diecinueve, allá por los años en que Francisco se moría lentamente, en Chumico vivían solamente unas seiscientas almas. Sesenta años más tarde, el censo seguía igual. Pueblo de poco porvenir, sin agricultura ni caminos por falta de tierras a nivel y aislado por la montaña y el mar, cada vez que nacía un niño, alguien abandonaba el pueblo dispuesto a radicarse en regiones más prósperas.

El pueblo consistía, en aquella época, en un conglomerado de casas encaramadas en pilotes, la mayoría, de ellas a orillas del mar; casas construidas con paredes de caña brava y techos de hojas de guágara. Tenía una sola calle estrecha, incrustada de conchas de cocaleca, comenzaba junto a la playa y subía serpenteando hasta el cementerio. En todo el pueblo no había un terreno plano ni dos casas al mismo nivel. Durante los meses de invierno, cuando las marejadas eran fuertes, a veces el agua subía hasta el atrio de la iglesia y si no fuera por los altos pilotes, más de una casa habría sido inundada por la fuerza del mar. Algunas, erguidas loma arriba, tenían el piso de tierra o de tablones, pero ésas eran las menos. Por el medio del pueblo bajaba una quebrada que desembocaba en la playa. La iglesia estaba ubicada en una pequeña playa cerca de donde comenzaba la única calle del pueblo. Antigua fortaleza de paredes espesas y troneras en sus muros blanqueados con cal era el orgullo de los habitantes de Chumico. Esa iglesia era la prueba palpable de que en realidad los españoles se habían detenido lo suficiente para construir un fuerte y colonizar el área. Allí se albergaba la estatua un poco desvencijada del Milagroso Cristo de Chumico. Nadie sabía cómo había ido a parar la imagen del Cristo al pueblo pero su fama se extendía por toda la región. Todos los

años en el mes de marzo se celebraba una gran fiesta en su honor a la cual acudían devotos desde muy lejos. El Obispo de Panamá siempre enviaba a algún cura que durante esa semana se dedicaba a bautizar a los niños nacidos el año anterior y a casar a aquellos que sin esperar la bendición de la iglesia se decidían a vivir bajo el mismo techo. En realidad esto sucedía en la mayoría de los casos, siendo los chumiqueños de naturaleza ardiente y poco dados a la espera. Los más pudientes, iban a la isla de San Miguel a casarse porque allí había cura todo el año.

El camposanto de Chumico queda aún loma arriba casi llegando a la montaña, desde allí se divisa la bahía hasta Punta Pericos y toda la desembocadura del río Tatumí. A un lado, el cementerio termina abruptamente en un acantilado que desciende verticalmente hasta el mar erizado de negras rocas. La tierra rocosa y dura es difícil de cavar, per no hay otro lugar en dónde enterrar a los muertos a menos que uno se decida por tirarlo al mar. Cuesta trabajo llegar a la cima de la loma cargando un difunto a cuestas y cómo será de difícil el tirón de canillas después de una noche de velorio regada de aguardiente y lágrimas. En medio de la bahía desemboca el río Tatumí profundo y peligroso, lleno de lagartos y caimanes corriente arriba. Esta es la única vía de comunicación fácil con el interior del país ya que resulta casi imposible cruzar las montañas a pie.

En la época de nuestra historia el pueblo había limpiado río arriba unos terrenos más o menos planos y era allí donde se cultivaban los pequeños sembrados de arroz, plátanos y caña de azúcar que alcanzaban modestamente para alimentar a todas las familias. Los alimentos se repartían entre todos aunque en más de una ocasión algunos peleaban por querer acaparar una porción más abundante de lo que en realidad les correspondía. Los hombres salían a cazar al monte y todo era distribuido equitativamente. La plata circulaba poco en Chumico. Solamente en la tienda del chino Ah Sing, se compraban en pesos contantes y sonantes baratijas, sal, café, jabón y telas medidas meticulosamente. El chino no le daba crédito a nadie, pero a veces cambiaba mercancía por pescado o arroz que eran los alimentos que él necesitaba. En realidad, ninguno de los habitantes de Chumico se

mataba trabajando. La mayoría se contentaba con satisfacer sus necesidades básicas porque no tenían muchas ambiciones. Algunos se dedicaban a la pesca de la ostra perlífera, a pesar de los peligros del buceo a catorce varas de profundidad. A más de dos se los comió un tiburón y otros, como Manuel, quedaron medio sordos. Las perlas traían buena ganancia en la capital y los muchachos se arriesgaban, aunque cada vez se hacía más difícil el buceo porque ya escaseaban los moluscos. Así transcurría la vida en el pueblo totalmente ignorado por el gobierno central que desde Bogotá trataba de controlar al Istmo.

Al llegar el atardecer, las mujeres apoyadas en los primitivos balcones pasaban las horas entre chisme y chisme. Doña Leonor hablaba con Felicia cuesta abajo y si torcía un poco el pescuezo alcanzaba a ver la punta del balcón de doña Matilde González, a quien había que gritarle porque estaba algo sorda. Ello no era obstáculo para que la buena señora no se diera por vencida hasta extraer la última migaja de información de labios de sus vecinas.

—Leonor, Leonor. Hay carne en casa de Pastor. Mande a su hija a buscarla antes de que se acabe— gritaba doña Felicia.

—Felicia. . . hoy me dijeron en la tienda del chino que los liberales se habían levantado en Coclé. Sólo es cuestión de tiempo y la guerra va a llegar hasta aquí.

— ¡Dios nos ampare a todos!

La pobre doña Matilde, con el torso estirado sobre el balcón trataba de adivinar si los liberales se habían llevado la carne o si Pastor había sucumbido a algún pecado de la carne. Secretamente, a doña Matilde esa expresión de "pecados de la carne" siempre le había parecido pecaminosa "per se".

Una vez al año, por órdenes del Obispo, venía al pueblo el cura don Venancio y el tema favorito de sus sermones era el susodicho pecado. Cuando el cura comenzaba con sus diatribas, los oídos de doña Matilde comenzaban a acariciar las palabras —en contra de su voluntad claro está— ¡Carne. . .Carne! y sus partes

íntimas se prendían de recuerdos de humedades ya perdidas. ¡Jesús, María y José! musitaba la vieja—. Mea Culpa, mea culpa—. ¡NO! Era por culpa de don Venancio y sus sermones que tenía que rezar tres rosarios completos, penitencia que ella misma se imponía porque no es verdad que le iba a confesar al cura las flaquezas que sus sermones provocaban.

—Doña Felicia por favor, hable usted más alto que no la oigo— les chilló Matilde con medio cuerpo fuera del barandal.

Sin hacerle caso, las mujeres seguían su conversación, atentas a todo lo que pasaba en la calle.

Una bandada de chiquillos correteaban loma abajo perseguidos por los perros del vecindario, levantando una nube de polvo.

Manuel venía de la playa, con el paso rápido de juventud arrogante que no teme a nada. Muchacho alto, de tez oscura y pelo lacio, dientes muy blancos que la boca de gruesos labios dejaba al descubierto por la fácil sonrisa. En la cabeza, un sombrero de paja, colocado de medio lado y camisa de cotona bien estirada que le daba un aire de elegancia poco común por esos lados. Por su labia fácil y educada hacía suspirar a más de una, sobre todo porque sabían que tenía una pequeña fortuna en perlas. Los ojos negros, de aspecto lánguido a veces y otras llenos de picardía, lo hacían aún más apuesto. Era uno de los pocos muchachos del pueblo que sabían leer y escribir bien. La familia Muñoz había completado su escuela primaria. Después, Josefa lo había mandado a la capital a casa de una hermana para que aprendiera un oficio que no fuera carpintero de ribera como el padre. Pero Manuel luego de dos años, regresó a Chumico y no quiso volver a la zapatería en donde lo había colocado la tía. Años más tarde, cada vez que estrenaba un par de botas, confesaba que el olor a cuero nuevo lo mareaba y le daba ganas de vomitar.

Al verlo pasar por la calle, las mujeres comenzaron a cuchichear nuevamente.

—Ya va a molestar a la pobre maestra. Vergüenza debía de darle, con su padre acabado de enterrar y el asunto de la hija de

Tiburcio sin resolver. Dicen que estaba embarazada y lo perdió y Tiburcio lo andaba buscando para darle una golpiza.

Doña Matilde exasperada al no poder oír la conversación entre Leonor y Felicia comenzó a gritarle a Manuel que silbando seguía su camino sin prestarle atención a las miradas acerbas de las viejas.

—Manuel, Manuel. ¿Cómo está Juana? Hace días que no la veo—

—Está bien, doña Matilde. Sólo un poco acabangada después del velorio—

—Dígale que mañana temprano paso por allá.

—Amén, Jesús —susurró Felicia— Juana no gusta de ella por santurrona y chismosa.

—Pobre Juana— musitaba Leonor— con esos hijos que tiene, ¿qué va a ser de ella? Son tan egoístas como Francisco. Mira que tener la ocurrencia de morirse solo en un cuarto en el que no dejaba entrar a nadie. Dicen que se murió de pura terquedad. . . —

—Voy mañana temprano, oyó Manuel? Mañana bien temprano—. Chillaba Matilde.

Manuel haciéndole señas de haber comprendido siguió su camino por la empinada cuesta que llegaba a la escuela.

—Ese muchacho va a terminar mal, ya verá usted Felicia insistió Leonor —muy mal. . .—

"Parecen cotorras en palo de mango —pensó Manuel— Dios me libre de sus lenguas. . ." Y despreocupado continuó la marcha silbando entre dientes.

III

La señorita Carmen había llegado de la capital hacía dos meses. Era la primera maestra que llegaba al pueblo, como gesto tardío de algún político que de repente se acordó que Chumico existía. Los habitantes del pueblo habían mandado peticiones por muchos años para que se les asignara una maestra, pero éstas fueron ignoradas. A pesar de que San Miguel estaba más lejos, allá tenían cura y maestra permanentemente con la consiguiente indignación de los chumiqueños.

La maestra que llegaba era muy joven. De ojos oscuros, serios y la boca de labios delgados apretados casi en un mohín de amargura; el largo pelo negro estirado sobre las sienes y amarrado detrás de la cabeza en un rodete. No era bonita, pero sus delicadas facciones de piel muy blanca no acostumbrada a los rayos del sol, inspiraban simpatía al momento de conocerla a pesar de que sonreía poco. Había desembarcado de una panga que la trajo del barco anclado bahía afuera, muy erguida y sin pedir apoyo. Al

pisar la playa se notaba turbada cuando los alborozados chiquillos que la esperaban gritaban al unísono: ¡Viva la Maestra! ¡Viva la Maestra!

Carmen Teresa Bermúdez era la hija menor de un matrimonio pobre de la capital. La madre, doña Evarista, quedó viuda a los treinta y cinco años y se dedicó a sus hijas con lo que le producía una pequeña fonda en donde daba de comer a casi toda la guarnición de colombianos acantonados en Panamá. Educó a las muchachas con la gentileza de las clases pudientes. Las cuatro aprendieron a pintar al óleo, a bordar primorosamente al pasado y punto de cruz y algo de latín y además asistían a diario a los actos piadosos de las iglesias vecinas. Las muchachas pasaban los días entre misas, lecciones y novenas. La viuda se entendía sola con el trabajo en la fonda y nunca permitió que las hijas se rozaran con la soldadesca que acudía a comer allí.

—Yo no he criado a mis hijas para manos de soldados —solía decir.

Carmen era la única que a diario se rebelaba en contra de la gentileza artificial impuesta por la madre. A ella, poco le gustaba la costura y siempre acababa la clase de dibujo tirando los pinceles contra la pared ante las constantes críticas del maestro, un español pintor de santos de iglesia que llevaba muchos años en Panamá. El, le decía a doña Evarista después de cada lección:

—Carmen no tiene paciencia señora. A ella lo que le gusta es leer. No tiene ninguna vocación para el arte. Sería mejor que no la fuerce usted; a empujones no va a aprender nada—.

—Déjese usted de tonterías. Mi hija es inteligente y va a aprender como las hermanas. Usted cobra bien por las clases que da y yo le pago con puntualidad, así que no tiene porqué quejarse tanto—.

Resignado, el español no se atrevía a contrariar a la señora, pero de continuo le prestaba a Carmen tomos y volúmenes que él había traído consigo de España, una mezcla de novelas clásicas, libros de historia y filosofía. Finalmente, Carmen acabó por

convencer a la madre de que ella no había nacido para artista del pincel y le expresó su deseo de matricularse en la Escuela de las Señoritas Rubiano en donde las jóvenes recibían educación superior. Sus hermanas trataron de disuadirla de sus propósitos de estudiar, arguyendo que nadie se iba a casar con una sabionda. Carmen se encogía de hombros negándose a escucharlas.

—No me importa —le decía— Prefiero quedarme soltera a ser una ignorante toda la vida.

Doña Evarista, espantada, no sabía qué hacer con la hija cada día más retraída en su mundo de libros y que poco participaba de la vida social de la familia. Cuando cumplió los catorce años, acabó por acceder a dejar que se matriculara en la Escuela de las Rubiano.

Las veladas transcurrían alegres en la vieja casa de madera grande y cómoda situada en la loma de Las Perras. Las muchachas conversaban animadamente con los jóvenes invitados, bajo la atenta mirada de doña Evarista que desde su mecedora bien situada supervisaba la tertulia. En verano, el aroma del jazmín del Cabo que crecía en profusión en el patio central de la casa, inundaba las habitaciones con su dulzura. La mayor de las hijas llamada Irene, ya tenía novio a los diecisiete años. Se había comprometido con un joven español, dueño de una pequeña mueblería situada cerca de la playa de San Felipe. Las otras dos se entretenían con los oficiales de la guarnición y algunos jóvenes del vecindario. Carmen participaba muy poco en la conversación del grupo. De costumbre se sentaba en una esquina de la salita enfrascada en la lectura de uno de los libracos que el Profesor español le prestaba y hasta entrada la noche leía a la luz de una lámpara de querosín, sin importarle las idas y venidas de visitantes y parientes. En secreto, doña Evarista era de la opinión que la muchacha acabaría por aburrirse de tanto estudio.

—Ya se le quitarán los humos de la cabeza —le decía a las otras hijas—.

Pero Carmen, imperturbable, siguió estudiando bajo la tutela de las Rubiano. Por tres largos años se levantaba bien temprano y recogiendo sus libros salía veloz sin hacerle caso a las amones-

taciones de Evarista que la llamaba a desayunar, aunque fuera un pedacito de bollo. En el día de la graduación, la madre por primera vez sintió el orgullo de tener una hija educada. Con su vestido vaporoso de volantes blancos y el negro pelo amarrado sencillamente detrás de las orejas con una cinta rosada, la muchacha se veía casi hermosa, con el rostro ruborizado de emoción al leer el discurso de graduación que tuvo el honor de pronunciar por ser la mejor alumna.

Armada con su flamante diploma, la joven comenzó la ardua labor de solicitar trabajo de las autoridades del Gobierno. Por esos días se preocupaban por las actividades liberales de los pueblos del interior y tratando de apaciguar las quejas por falta de atención, que a diario llegaban a las oficinas del Estado, decidieron despachar a las jóvenes maestras a los pueblos del litoral sur que nunca antes habían recibido educación formal. Es así como Carmen fue nombrada maestra de Chumico, el último pueblo de la región del sudeste del Istmo de Panamá.

IV

—Mamá, me voy a trabajar a un pueblo que se llama Chumico—. Anunció Carmen—

—¡Dios mío! ¿y en dónde queda eso? —preguntó Evarista—.

—En la costa sur. Hay que embarcarse tres o cuatro días para llegar hasta allá—.

Al oír la palabra "embarcarse" a doña Evarista le dio un vahído.

—¡Dios mío, Dios mío! ¿qué he hecho yo para merecer este castigo? Mi pobre hija quiere irse a la selva a trabajar. ¡Quién sabe qué clase de peligros hay por allá! Todos esos pueblos son de negros casi salvajes!— la pobre mujer se retorcía las manos con desesperación y lágrimas en los ojos.

—No importa de qué color es la gente por allá— replicó la muchacha— Han pedido una maestra y el Gobierno me pagará diez pesos al mes por trabajar. Para eso estudié mamá; para enseñar a los que más lo necesitan—.

—Hija mía, piénsalo bien. Ese trabajo es una locura. Usted es todavía una niña. ¿Cómo va a irse tan lejos?.

Fueron días de discusiones y llanto. Finalmente la madre acabó por acceder a los deseos de la muchacha. A regañadientes aceptó que Carmen se fuera a Chumico, pero eso sí: tenía que ir acompañada de la tía Eugenia, vieja solterona hermana de Evarista que había vivido con ellas desde hacía muchos años.

-Una chiquilla no puede viajar sola tan lejos por muy maestra que sea. Eugenia irá con usted o no va. Carmen accedió. En el fondo le daba un poco de miedo la gente desconocida. Además, ella se llevaba muy bien con la vieja Eugenia, a pesar de lo rezongona que era. Las hermanas de Carmen se persignaban cada vez que se mencionaba Chumico en su presencia.

—Habráse visto loca? —comentaban con burla— quiere irse a un pueblo de negros y culebras. Allí no hay más que mosquitos y enfermedades.

—Irene ya se había casado con el español de la mueblería y llegaba todas las tardes a regañar a la hermana menor, vanidosa luciendo sus prendas y vestidos de tafetán y el coche nuevo. Carmen sin hacer caso de sus argumentos, seguía preparando su baúl para embarcarse en el próximo bongo que saliera rumbo a Chumico.

Por esos días doña Evarista estaba pensando seriamente en volver a casarse con un Oficial de la guarnición que por meses la había estado cortejando entre bocado y bocado en la fonda. Don Francisco Biendicho y Larrañaga era hijo segundón de una familia muy importante de Madrid, como decían los rumores que de él corrían por el Cuartel. Solterón empedernido y asiduo concurrente de la fonda, el romance comenzó con alabanzas a los guisos que

salían de las manos primorosas de Evarista y terminó con una proposición formal de matrimonio.

—Por favor Evarista, cásese conmigo. Yo necesito compañía en este destierro a que mi pobreza me condena y usted también está muy sola.

A Evarista el corazón se le saltaba del pecho entre suspiros y silencios y para disimular su turbación, tapaba y destapaba ollas en la cocina tratando de librarse sin conseguirlo de las manos del español cada vez más audaces que hasta allá iban a buscar su cintura. Cuando Carmen anunció que había conseguido trabajo de maestra en Chumico, en el fondo de su alma se alegró aunque jamás lo hubiera confesado a sí mismo. Al librarse de la responsabilidad de la hija más joven podría realizar los deseos que tenía de casarse con el español. Las otras dos, ya tenían novio y era seguro que se irían de la casa en pocos meses.

Cuando Evarista anunció sus intenciones de contraer nupcias con don Francisco Biendicho, el escándalo en la familia fue de tales proporciones que todas se olvidaron de Carmen y de su trabajo en Chumico. Las hijas se ahogaban de vergüenza por la conducta de la madre y la llenaron de recriminaciones. Ella se sentía tan feliz que olvidó a las hijas y la fonda. Por las calles de Panamá paseaba su romance sin importarle el qué dirán; después de todo, tenía solamente cuarenta años cumplidos y todavía se sentía joven y atractiva. Los años de viudez no habían apagado los fuegos de la cama matrimonial. Había sido una buena madre para sus cuatro hijas y ya necesitaba pensar en sí misma. Aunque la fonda prosperaba, era un trabajo muy agotador y ninguno de los empleados había logrado aprender a cocinar como ella. Anhelaba dejar todo ese trabajo atrás y dedicarse solamente a las labores hogareñas en compañía de don Francisco. Cada vez que veía el apuesto perfil del oficial, se decidía aún más a casarse con él, a pesar de las objeciones de sus hijas.

Irene acudió llorosa a consultar al párroco de la familia. Ella deseaba que el cura bonachón disuadiera a la madre de la locura que estaba a punto de cometer. Pero el sacerdote, sabio conocedor de la naturaleza humana, acabó por convencerlas de que no

había nada pecaminoso en los deseos de Evarista y les aconsejó resignarse a los hechos para bien de toda la familia.

Doña Evarista Muñoz contrajo matrimonio con don Francisco Biendicho el día antes de salir Carmen hacia Chumico. En sencilla ceremonia en la Catedral después de la Misa de seis, unieron sus destinos acompañados por las cuatro hijas llorosas y acongojadas, la tía Eugenia rezongando y algunos oficiales de la guarnición, compañeros de armas del español.

—Bonita que está la viuda. Y dicen que tiene dinero. Suerte que tiene el Capitán!

—Bah! Las hijas están mejor y son jóvenes—.

—¿Será verdad lo que dicen que él estuvo casado en España y dejó a la mujer allá?—

—Yo nunca me tragué el cuento de que era de familia noble. Todos estos españoles vienen a América con esas historias de grandeza para hacerse los importantes.

Las frases malévolas de los oficiales eran recogidas por el fino oído de Carmen. Con los ojos llenos de lágrimas y la tez cada vez más pálida trataba de concentrar su atención en el altar mayor, mientras rezaba fervorosamente para no oír las habladurías de cuartel. . . .

Después de la ceremonia, los recién casados se dirigieron a la casa de Evarista, acompañados por los invitados que a pie seguían el coche nupcial. A esa hora de la mañana aún quedaba en el ambiente la caricia de las brisas de la madrugada y la caminata se hacía agradable por las estrechas calles. Felizmente no llovió en todo el día. El decoro exigía que siendo Evarista viuda, se sirviera a los invitados un sencillo desayuno compuesto de chocolate caliente y bizcochos mandados a hacer en la panadería francesa. A medida que llegaban los celebrantes la conversación subía de tono en la salita mientras Eugenia y las muchachas ayudadas por algunas amigas se esforzaban por atender a todos los invitados y curiosos que venían a presentar sus felicitaciones a los novios. Carmen era

la única que se mantenía alejada del bullicio de la fiesta. Encerrada en su cuarto se dedicó a empacar su baúl para el viaje a Chumico. Todo el día fue un entrar y salir de gente casi hasta el anochecer. Al partir el último huésped fueron cerradas las puertas de la calle. Los novios se retiraron a la habitación de Evarista con un "Buenas Noches" lleno de reticencias y rubores. Eugenia se encargó de llevar los platos y tazas a la cocina, rezongando entre dientes. La pobre vieja no comprendía nada. Primero fue el asunto del viaje de Carmen a Chumico que la había llenado de terror. Accedió a acompañarla pero estaba segura de que algo terrible les iba a suceder durante ese viaje.

—Embarcarme yo que nunca he metido ni los pies en el mar! —¡Qué locura!— Te ofrezco Señor este sacrificio como expiación a mis culpas— recitaba piadosa arrodillada al lado de su cama.

Carmen sin poder conciliar el sueño deseaba intensamente que la mañana llegara cuanto antes. Los ruidos del amor se filtraban a través de las paredes y la llenaban de una intensa desazón. Estaba convencida de que nunca más podría vivir junto a la madre y el nuevo marido. Le sería difícil adaptarse a la presencia del militar en la casa. Todos fueron temprano a despedirla a la playita del mercado. Con la marea llena ella y Eugenia se embarcaron en el bongo caracaballo dejando atrás los consejos y recomendaciones que les hicieron hasta el último minuto las mujeres, mientras se enjugaban los ojos de un llanto de despedida lleno de temores.

V

El calor pesaba en el cuerpo como un puño de hierro presagiando la lluvia que se avecinaba. Los muchachos, que en forma desordenada iban saliendo de la escuela, se entretenían tirando piedras a los pájaros.

—Sigan directo a sus casas y no se distraigan en la playa que va a llover— amonestó la maestra desde la puerta de la escuela.

Con gesto de cansancio volvió a entrar y se puso a recoger los utiles escolares regados por la mesa que le servía de escritorio. A lo lejos se escuchaban los truenos que desde la montaña anunciaban con sus redobles la tormenta que se aproximaba. La improvisada aula de piso de tierra y paredes de caña brava, malamente acomodaba a los cincuenta y tres chiquillos de todas las edades que allí acudían a recibir sus enseñanzas. Algunos sentados en banquetas y la mayoría en el suelo a duras penas trataban de aprender el abecedario.

—Usted se queda castigado Pedro —dijo la maestra dirigiéndose a uno de los alumnos— Se ha portado peor que nunca. No crea que no me di cuenta de que estaba halándole los moños a sus compañeras. Si continúa así voy a tener que decirle a su mamá que no puedo tenerlo más en la escuela.

— ¡Ay no maestra! No llame a mi mamá que me van a dar una buena rejera. Le prometo que no volverá a suceder. ¡Por favor! Que no se entere mi papá que me mata—.

—Bueno, bueno, ya veremos si cumple sus promesas. Coja una escoba y póngase a barrer.

—La lluvia comenzó de golpe batiendo con furia el alero de pencas, hasta apagar con su estruendo los ruidos de la tarde. Casi sin aliento, Manuel entró corriendo en la escuela sombrero en mano y un ramo de flores en la otra, mojado de pies a cabeza por el torrente de agua que arreciaba.

—Buenas tardes Carmencita. ¡Qué barbaridad de lluvia tan fuerte! Aquí le traigo estas flores que recogí en la montaña. Espero que sean de su agrado.

Sin poder disimular la turbación que le producía la presencia del hombre, la muchacha las aceptó sin decir nada e hizo un gesto al chiquillo que había interrumpido la tarea y curioso los contemplaba.

—Pedro, haga el favor de traerme una vasija con agua para las flores y termine de barrer que se hace tarde—.

Con una mueca traviesa en los labios, Pedro agarró un pote de barro de un rincón y saliendo del aula lo llenó con agua de lluvia.

—Gracias Manuel. Son muy bonitas pero no debía haberse molestado—. Dijo Carmen mientras las arreglaba en el improvisado florero.

Aprovechando la distracción, el chiquillo salió corriendo sin

importarle la lluvia que seguía cayendo torrencialmente contento de haberse librado de su castigo tan fácilmente.

Desde el día en que Carmen llegó a Chumico, Manuel la cortejaba asiduamente. A él le tocó llevarle los baúles hasta la casita que le habían asignado a la maestra, situada a un costado de la improvisada escuela. A su llegada, casi todo el pueblo había bajado a la playa a recibirla y algunos escépticos al verla murmuraban entre sí.

—¿Esta es la maestra que nos han mandado? ¿Qué podrá saber si es casi una niña. . .?

Eugenia tuvo que ser cargada desde la panga a la playa todavía mareada por la travesía. Con ademanes hoscos, rechazaba las ofertas de ayuda de las mujeres del pueblo que solícitas acudían a sujetarla, cuando puso pie en tierra. Ella y Carmen se sentían tan cansadas que preferían que las dejaran solas lejos de la curiosidad de los chumiqueños. Juancho y Manuel cargando los pesados baúles, las llevaron hasta la casa que le habían construido a la maestra. De eso ya habían transcurrido casi cuatro meses. Manuel pasaba por la humilde vivienda todos los días, haciéndose útil en varios menesteres. Algunas veces ayudaba a la vieja a encender el fogón o a arreglar el aula que malamente acomodaba a todos los alumnos.

Las primeras semanas habían sido muy difíciles para Carmen. No se imaginó que las cosas estuvieran tan mal en Chumico; la mayoría de los muchachos, algunos hasta de quince años de edad, nunca habían tenido ningún tipo de enseñanza. Estaban acostumbrados desde niños al bregar del trabajo diario pero muy pocos dispuestos a aprender el abecedario. Lo peor de todo era tener muchachos de edades tan distintas en la misma aula. Los más grandecitos añoraban la libertad de la playa y el monte y no era fácil dominarlos pero poco a poco los fue domando. Algunos acabaron interesándose en aprender a leer y escribir y otros acataban la disciplina que administraba con la fuerza de su personalidad, ya que a pesar de sus cortos años, Carmen impresionaba a los que bajo su tutela estudiaban. A veces, comenzaba leyéndoles algo interesante y para mantener la atención de sus pupilos los dejaba en suspenso con la promesa de continuar la historia al día siguiente. Manuel se

las arreglaba para llegar siempre a la hora de la lectura y embelesado escuchaba las palabras de la maestra. Era entonces cuando ella leía más elocuentemente páginas y más páginas de las historias que había traído de Panamá. Las hazañas de Napoleón eran seguidas por las vicisitudes de Ulises o la historia de los emperadores romanos.

Por las tardes, después de terminar sus labores en la escuela, iba al chorro de las mujeres a bañarse acompañada por la vieja Eugenia que no la dejaba salir sola ni un instante.

—No confío en esta gente. —Refunfuñaba —y menos de ese joven Manuel. Está viniendo demasiado por aquí—.

A regañadientes, accedió a acompañar a la pareja en largos paseos hasta la playa y a veces al otro extremo del pueblo cerca del río Tatumí. Caminando lentamente no se le escapaba la más mínima palabra que los jóvenes intercambiaban. Varios meses habían transcurrido desde su llegada a Chumico pero Eugenia tenía poca amistad con los habitantes del pueblo porque los consideraba inferiores a su persona. Ella venía de la capital y desdeñaba las costumbres sencillas y algo primitivas de los chumiqueños.

—Este pueblo de micos y alacranes— le decía a Carmen. —La mayoría vive en pecado mortal. Ni siquiera hay un sacerdote permanente y además todos son negros. . .—

—Tía, por favor, déjese de hablar así— le suplicaba Carmen. —Alguien la puede oír y me daría mucha vergüenza. Estas señoras han sido muy amables con nosotras—.

—Bah! —continuaba la terca vieja— esta gente vale poco. Comen hasta carne de loro; carne negra y dura. ¡Qué asco me da!. . . Nosotras seguiremos comiendo solamente pescado. Por lo menos es más civilizado. Gracias a Dios que ya llegaron las camas de Panamá. De tanto dormir en hamaca la reuma me está matando.

Habían arreglado la casita poco a poco con muebles y cortinas que Evarista les había mandado a petición de Eugenia. Hasta

un viejo armario que tenía en la casa de la capital llegó a Chumico y fue desembarcado con gran dificultad del bongo.

—Habráse visto tal lujo— murmuraban las comadres del pueblo —ni que fueran ricas. . .—

La mayoría de las mujeres no gustaban de Eugenia por sus ademanes altaneros y desplantes, pero la joven maestra con su dedicación al trabajo y sus modales amables se había ganado el respeto y cariño de todo el pueblo. A diario le traían de regalo, pescado, verduras o carne de monte. Los tiempos eran duros pero en Chumico la comida no faltaba. Mientras que los hombres cortaban monte adentro los preciosos maderos que tan buena ganancia traían en las mueblerías de la capital, los muchachos jóvenes se dedicaban a la pesca en la bahía en pequeños chingos que manipulaban con gran destreza. Unos cuantos como Manuel, buceaban la ostra perlífera, tarea peligrosa porque a catorce varas de profundidad abundan los tiburones. Ya a los veinte años, Manuel estaba un poco sordo del oído derecho, dolencia que se le agravó con el transcurrir de los años. Carmen se estremecía al oír las historias que contaban los buzos. Rocas negras en las profundidades del abismo que guardaban sus tesoros. Los muchachos más tímidos se tiraban del barco amarrados con una soga por la cintura; otros más arriesgados, no tomaban tal precaución y buceaban en las áreas más profundas aguantando hasta casi dos minutos debajo del agua sin salir. Cada día las perlas disminuían y los riesgos aumentaban.

—Manuel, hasta cuándo va a seguir arriesgándose usted tanto? —le preguntaba Carmen—.

—No se preocupe Carmencita. Después de este mes no buceo más. Tengo suficientes perlas para comenzar un buen negocio. Quiero comprar dos barcos grandes para transportar mercancía a la capital —anunció Manuel ufano—.

La amistad entre los jóvenes asustaba a Eugenia. Ya no encontraba la forma de disuadir a Carmen del interés que le despertaba la persona de Manuel. Con sus modales corteses y las muchas atenciones que a diario les hacía, se había hecho casi imprescindi-

ble en el hogar de las dos mujeres. A menudo, se quedaba hasta tarde leyendo en voz alta a la luz de la guaricha, con el pretexto de refrescar los conocimientos adquiridos hacía años en la escuela de San Miguel. Las comadres del pueblo trataban por todos los medios de enterarse de los pormenores de la vida que llevaban las capitalinas y con cualquier pretexto se llegaban a visitar a Carmen muy llenas de motivos, precisamente a las horas en que Manuel se encontraba allí estudiando. Maliciosamente una que otra le comentó a Eugenia:

– ¡Habráse visto enamoramiento que tienen esos dos. Si parecen tortolitos!. . .

–Ante estas insinuaciones la vieja tía negaba lo que a la vista de todos saltaba! Carmen y Manuel se notaban muy enamorados. Ese batir de miradas y rubores por cualquier frase sin consecuencia, esas sonrisas misteriosas, esos enfados por tonterías, esas interminables despedidas. . . Sin embargo, entre los dos no se había intercambiado ni una sola frase de amor.

–"¿Cómo me declaro si ella es tan seria?"– se preguntaba Manuel.

"¿Por qué no me dirá nada, será porque soy fea y no le agrado?" –suspiraba Carmen.

Ya le habían contado los rumores cada vez más persistentes de las aventuras amorosas del muchacho.

–Tenga cuidado con Manuel, hija. El es muy mujeriego– le comentaba Leonor. – No estoy segura, pero dicen que la hija mayor de Tiburcio Peña, la que se llama Lastenia, estuvo muy enredada con Manuel–.

El ir y venir de beatas y comadres que a su puerta llegaban con toda clase de chismes y rumores de Manuel llenaban a Carmen de angustia. A veces, le parecía injusto no darle oportunidad al muchacho para que se defendiera de sus acusadoras. Ella no tenía derecho a reclamarle nada; eran solamente amigos y la vida privada

de Manuel no era de su incumbencia. Eugenia, mientras tanto, rezaba para que llegara el verano y la hora de regresar a la capital. A través de las influencias del flamante marido, Evarista le había conseguido el traslado a Carmen para una escuela en Panamá a partir del próximo año. En vano le había rogado a la muchacha que regresaran antes del final del año escolar. Evarista se sentía muy preocupada por el tono ominoso de las cartas de Eugenia, quien no se había atrevido a contarle a la madre que el motivo de su ofuscación era el romance de la hija con el pescador. En sus cartas, insinuaba toda clase de oscuros problemas, si la muchacha no era trasladada cuanto antes a un lugar más civilizado. Por todos los medios trataba de mantener a Carmen y a Manuel alejados, pero sin tener mucho éxito en sus gestiones. Por lo menos, nunca los dejaba solos, aunque a veces le costaba trabajo ahuyentar el sueño que se apoderaba de ella durante las largas tertulias que sostenían los jóvenes. En esas ocasiones apelaba a todas las huestes celestiales para que le dieran fuerza y resistencia. Ella tenía el deber sagrado de cuidar a su sobrina y por nada iba a cejar en este empeño.

Y fue así como en una tarde lluviosa Carmen se quedó sola en la casa. Eugenia había ido a visitar a la partera Rosa, una de sus pocas amigas, que se encontraba postrada con un mal en las piernas. Como era sábado no había clases y Manuel se había ido a bucear a las islas hacía más de cuatro días. Agobiada por el calor Carmen se sentó cerca de la ventana a leer uno de sus libros. La humedad de la tarde pegaba la fina camisola de batista al cuerpo sudoroso de la muchacha. Gruesos nubarrones negros cubrían el cielo, presagiando la tormenta que estaba por caer. De vez en cuando una ráfaga de aire refrescaba el ambiente, levantando en vuelo las cortinas de la casa. La lluvia llegó de repente con la fuerza de un torrente.

De la puerta llegó el sonido urgente de una mano presurosa. La fuerza del toque sobresaltó a Carmen que no esperaba que Eugenia regresara tan rápidamente de su visita. Al abrirla se sintió gratamente sorprendida al ver a Manuel en el umbral, mojado de pies a cabeza, cargando una canasta llena de pescados y jaibas que pugnaban por salirse de su prisión.

—No lo esperaba hasta mañana, Manuel. Pase adelante—.

—El buceo se hacía difícil. La mar está muy picada y tuvimos que regresarnos. Aquí le traigo estas jaibas y unos pescados. Espero que le gusten—..

Silenciosa la muchacha lo dejó entrar, cerrando la puerta.

—Perdone que haya tocado tan fuertemente. Está lloviendo muy duro y temía que no me oyeran.

La sintió temerosa y turbada. La intimidad de la tarde, oscura por el aguacero, les golpeaba los sentidos y por primera vez notó la sencilla camisola que dibujaba el cuerpo joven.

—¿Y Doña Eugenia?— preguntó Manuel extrañado de no oír la voz estridente de la vieja, que acudía corriendo en cuanto se daba cuenta de que él había llegado.

—Fue a casa de la señora Rosa. Le avisaron que estaba enferma y usted sabe que mi tía la aprecia mucho—.

—Entonces me retiro. Usted perdone Carmen—.

—Está lloviendo mucho Manuel. No se moje más que puede hacerle daño—.

—No se preocupe; yo estoy acostumbrado —le contestó riendo. La idea que un poco de agua fuera a enfermarlo le parecía jocosa. El, que había pasado la mitad de su vida en el agua. .

"Estas capitalinas tienen cada ocurrencia — pensó — la gente por allá son medio melindrosas".

—Espere a que escampe. Por favor siéntese acá—.

—Gracias Carmencita. Le agradezco su amabilidad—.

Pero en vez de sentarse ambos se dirigieron a la ventana para

contemplar la lluvia que seguía cayendo con fuerza. La cortina gris oscurecía la calle y casi no se divisaba el mar.

—"Estamos solos; finalmente puedo hablarle"— pensó Manuel — "¡Cómo me excita verla así con esa ropa pegada al cuerpo. . .!" La agarró por los hombros estrechándola contra su pecho con fuerza y sus labios buscaron los de ella besándola con pasión. La sintió palpitando entre sus brazos con la timidez del deseo incipiente y le besó la frente, los ojos, la boca ,él cada vez más ardiente y ella muy asustada.

—"¡Dios mío, ayúdame! No quiero cometer un pecado"— pensaba la muchacha tratando de negar el placer que sentía por las caricias del hombre.

Al darse cuenta del intenso desasosiego de la joven, abruptamente Manuel la soltó.

—Perdóneme Carmencita. No he querido faltarle el respeto. No sé qué bicho me picó. Perdone mi atrevimiento—.

Carmen no atinaba a decir nada. Se sentía tan nerviosa que las palabras no le salían. Inclinó la cabeza sobre el pecho mientras las lágrimas se deslizaban por sus tersas mejillas. El, al verla llorar, se sintió aún más culpable.

— Carmen no he querido ofenderla; créame. Usted se merece todo mi respeto y admiración. La quiero mucho Carmen, perdóneme—.

Lágrimas y más lágrimas. La muchacha sollozaba inconsolable y el asustado Manuel acabó por cogerla entres sus brazos nuevamente esta vez con gran ternura. Entre besos y caricias le declaró sus honestas intenciones.

—Cásese conmigo Carmen. Yo quiero tenerla de esposa. Quiero compartir el resto de mis días con usted. Desde el primer día que llegó a Chumico me di cuenta de que era la mujer para mí. Cásese conmigo. -

Poco a poco la fue calmando y la muchacha se entregó de lleno a la emoción que la embargaba.

Cuando Eugenia regresó después del aguacero, Carmen radiante, le anunció su compromiso con Manuel y sus intenciones de casarse con él cuanto antes mejor. La tía cayó en un desmayo que le duró casi tres horas. Cuando se recuperó comenzó a increparla.

—No se puede casar con ese hombre Carmen, sería una locura. El es un simple pescador y además negro. ¿Qué van a decir su madre y sus hermanas? Se morirán de la vergüenza cuando se enteren. Piense en su padrastro. Un hombre tan importante que nos ha hecho el honor de querer pertenecer a esta familia. Un hombre como él, que proviene de una raza tan distinguida no puede emparentar con un negro.

—La joven se indignó ante estos argumentos de la tía que sofocada se abanicaba sin parar no fuera a desmayarse otra vez—.

—Vergüenza debía darle, usted que tantos golpes de pecho se da. ¿Cómo se atreve a hablar así de Manuel, usted que se dice tan cristiana. ¿Es que no somos todos iguales ante los ojos de Nuestro Señor? Manuel no es un cualquiera y después de todo, nosotros no somos importante. Nuestra familia siempre ha vivido una mentira, tratando de aparentar más de lo que es. Mi madre no tiene porqué disgustarse. ¿No es acaso peor casarse con ese español aventurero y a su edad?. . . Nosotros hemos sido tan pobres como cualquier pescador en Chumico—.

—¡No diga eso hija! usted se equivoca. Ni sus amigas ni su familia le aceptarán nunca más si usted se casa con ese hombre. Razone Carmen. Esa unión es una locura.

—Pero la muchacha se negó a escucharla y a pesar de todos los esfuerzos de la vieja, Carmen persistía en su decisión de casarse.

Finalmente, Eugenia decidió hablarle a Manuel. Ansiosa, vigilaba la

ocasión de encontrarse a solas con el muchacho. Carmen presintiendo lo que se avecinaba no se separaba de Manuel cuando éste venía a visitarla. Cada tarde después que terminaban las clases, él llegaba, cargando algún regalo para la vieja, tratando de apaciguar su furia. Eugenia logró sus propósitos de quedar a solas con él, utilizando la estratagema de enviar a Carmen a la tienda del chino a buscar un ovillo de hilo que dizque le hacía falta. Al llegar Manuel lo hizo pasar a la salita y lo invitó a sentarse en un taburete.

—Siéntese Manuel. Tengo que hablarle—.

—Dígame doña Eugenia. ¿En qué puedo servirle?—

—Mire Manuel; yo sé que usted le tiene mucho afecto a mi sobrina Carmen—.

— Perdone que la interrumpa señora Eugenia. Es más que afecto. Yo estoy enamorado de ella y quiero hacerla mi esposa—.

— Bueno, bueno. Como sea, pero quiero advertirle que esa unión es imposible—

—Y por qué señora? Carmen y yo nos amamos y somos libres. ¿Qué obstáculos ve usted a este matrimonio?—

—No se haga el tonto, joven. Una señorita como Carmen que viene de una familia importante no puede casarse con alguien como usted!—.

— Señora dígame sus razones, y no me ande con rodeos — le gritó alterado Manuel.

Ante la cólera del joven la vieja no supo qué otra cosa decir. Angustiada, se exprimía las manos tratando de buscar palabras que con delicadeza expresaran la enormidad del prejuicio que la envenenaba. Los últimos destellos de humanidad le impedían herir al muchacho que tanto las había ayudado desde que llegaron al pueblo. El muy tonto no se daba cuenta de que podía traerle toda clase de problemas a Carmen si se casaba con ella.

La conversación fue interrumpida bruscamente por el es-

truendo de cañonazos que provenían de la bahía. Carmen entró corriendo casi sin aliento y al darse cuenta de la presencia de Manuel anunció con gran agitación:

—Ha llegado una fragata de guerra a la bahía y está tirando cañonazos al aire. Todos corren a esconderse. ¿Qué querrán Dios mío?—.

Manuel salió disparado de la casa sin despedirse. Con toda la velocidad de sus piernas jóvenes corrió hasta la tienda de Ah Sing en donde quizás podía obtener alguna información de lo que estaba sucediendo. Allí se habían reunido todos los hombres que estaban en el pueblo ese día. Juancho, que era el más viejo y el más locuaz, trataba de hacerse oír a través del estruendo de voces que al unísono trataban de explicar lo que significaba la presencia de un barco de guerra en las tranquilas aguas de la bahía de Chumico.

—Por favor señores! Déjenme hablar — en vano gritaba—.

—Es un barco de guerra del Gobierno. Seguro que viene a supervisar las elecciones—.

—Malditos conservadores! Todo lo quieren hacer a la fuerza. . . —

— Ahora vienen por votos y el resto del año nos tienen abandonados. —¡Vivan los liberales! — No dejaremos que nos asusten con cañonazos.

En medio del tumulto de hombres y bravuconadas, el chino silenciosamente sacó de una alacena una bandera china que tranquilamente enarboló en una improvisada asta en medio del patio.

—Yo sel chino y no quelel ploblemas — anunció gravemente. El estruendo de los cañonazos fue seguido por un largo silencio. Algunos se atrevieron a asomarse a la calle. A lo lejos se distinguía la fragata anclada en medio de la bahía. Quedaron ansiosamente en espera de los acontecimientos.

—Ya desembarcan — anunciaron unos chicuelos que desde la playa corrían asustados calle arriba. El pueblo entero vigilaba al bote que se acercaba. El mar encrespado presagiaba tormenta.

—No vienen a nada bueno — musitó un viejo — ¡ Santo Cristo de Chumico, ampáranos!